

Proyectos de Enseñanza Militar para una España posible

Jesús Ignacio Martínez Paricio
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 octubre 2020



Alejandro O'Reilly

Se imponía la nueva realidad

En la vida militar estamental el arrojo o la proximidad graciosa ante el monarca garantizaban el éxito personal. La Guerra de Sucesión, las campañas de Italia, la guerra de los Siete Años, demostraron que el éxito no se alcanzaba solo con la bravura de las tropas. La victoria era consecuencia del conocimiento aprendido, del uso de los recursos organizados y utilizados de manera científica. La guerra seguía siendo un arte al que se sumó la ciencia de la época.

No fue casualidad que ante esta evidencia no faltaran las iniciativas para promover la creación de escuelas y academias para formar a los oficiales. Se destacaba de este modo el “testimonio del deseo de hacer universal el conocimiento de las ciencias exactas en el ejército”. Formación técnica basada en “reglas fijas y conformes”. Formación que tenía que estar acompañada de un estilo de vida propio donde quedarán resaltados los valores que exigía “preparar la juventud que se dedica a tan noble y gloriosa profesión”. Más allá de las iniciativas que se aplicaron en provincias, ejércitos y regimientos, comenzó a sentarse la idea de que en la formación militar había que aunar las iniciativas para evitar las distracciones y esfuerzos poco rentables. Con la centralidad se ganaría en uniformidad, se reducirían los costes de la enseñanza y se evitarían los privilegios.

Al tiempo que corrían las ideas nuevas en la formación, los cambios legislativos, muchos cambios y en poco tiempo, pretendían dar la vuelta al carácter estamental del ejército. Aunque la nobleza seguía ocupando los puestos de mando, el tiempo ilustrado abrió el escalafón a las demás condiciones sociales. La mitad del siglo

XVIII fue un tiempo acelerado donde los que apostaron por lo posible querían que llegara cuanto antes. Al final se impusieron las circunstancias a las voluntades personales. Las expectativas crecientes dieron paso a las frustraciones. No se contó que en el final del siglo se iban a acelerar los acontecimientos extremos provocados por los movimientos revolucionarios. Las iniciativas se replegaron ante la fuerza que recobraron los razonamientos que se impusieron para mantener lo conocido.

Valga como ejemplo de lo anterior que en 1789 se redactó una sentencia que “impugnaba un particular voto” sobre la Ordenanza de 1768. En esa Ordenanza se admitía en el ejército a los “*vasallos* que tengan la talla y robustez necesaria, sin distinción de oficios”. El pleito fue planteado por Miguel Valero, de profesión *cortante*, carnicero. En un largo recorrido de 154 páginas aparecen argumentos basados en la autoridad de los textos sagrados, de las obras y sermones de clérigos, con citas de *sabios filósofos* y argumentos de jurisconsultos de todas las épocas. Al final se rechazó la petición. El *cortante* no pudo ingresar en el ejército como era su deseo. El documento [que poseo con gran satisfacción] sentencia que no se podía admitir “el orden nuevo” que se pretendía imponer también en el ejército. Se reconocía que el objetivo era alcanzar la igualdad de todos. Igualdad que pretendía no tener en cuenta ni la condición, ni la calidad de las personas. La única diferencia que se admitía y había que mantener por encima de toda innovación era la del Monarca. El Monarca era diferente de los demás por “gracia divina” y así debía ser.

El redactor anónimo de la sentencia reconocía que este principio de pretendida igualdad introducía las “execrables semillas de la anarquía”. Se concluye en la sentencia “que debe negarse y se niega la pretensión del *cortante* pues de esta manera se evita y debe evitarse a toda costa que lleguen a la *Nación Española* los males que se estaban conociendo en otros reinos”. Sin escribirlo, el redactor tenía presente los movimientos revolucionarios de Francia. Sin decirlo, la fecha del desistimiento refuerza la razón del redactor, 1789.

Confianza en el estudio

El conde de Ricla, Secretario de Estado y del Despacho de Guerra, contando con el apoyo de Carlos III, propuso la implantación de un nuevo sistema de formación militar. Además de enseñar se pretendía que el paso por un centro único permitiría eliminar el favoritismo a la hora de promocionar a los cadetes. Se trataba de reunir a los cadetes en un “colegio, bajo la dirección de personas imparciales, de maestros escogidos y a la vista de la nación, donde no haya partidos, corrupciones ni sobornos que oculten el verdadero mérito y aplicación”. La formación teórica estaría acompañada de la práctica. En la redacción del proyecto se dice que en los

exámenes realizados en las academias regimentales se comprobó la aplicación de los candidatos en todo lo referente a reglamentos y leyes. En cambio, cuando se les preguntó por “qué es trinchera, esplanada, fagina, atrincheramiento, recinto, línea de defensa, no dan más razón que si les hablaran en un idioma extranjero de su profesión”.

La propuesta era exhaustiva en los detalles y en los contenidos de los cursos y ejercicios prácticos que se tendrían que desarrollar en el Colegio General Central. Se pretendía instrucción, moralidad y cultura como señales inequívocas del ejército que se deseaba para marchar en sintonía con el resto de la sociedad, de la nación. Además de los beneficios profesionales que se esperaban, el cambio tenía objetivos que iban más allá de los muros del colegio. Así, además, se podría recuperar la estima y la valoración del resto de la sociedad hacia el ejército y los militares.

La reforma pedagógica iba más allá. El ejército no podía ser lugar de acomodo de una sociedad estamental y una nobleza que utilizaba lo militar en beneficio propio. El conde de Clonard recalcó la necesidad de “desvanecer el funesto sistema de mantener al ejército en la ignorancia, aumentar los nobles estímulos de la aplicación, aprovechamiento y buena conducta, y colocar en su correspondiente altura y esplendor a los sufridos defensores de la patria, cuya lealtad sostiene la brillante diadema que ciñe las augustas sienas de V.M.” (Conde de Clonard, *Memoria Histórica de las Escuelas Militares*). Era el año 1772 y no obstante hubo que esperar algo más de cien años desde que comenzaron estas ideas para cambiar el sistema de enseñanza. En 1882 comenzó la primera época de la Academia General Militar.

La otra iniciativa de la época se inspiraba en los mismos principios. En esta ocasión lo proyectado se convirtió en realidad. En 1774 se creó la Real Escuela Militar y Real Establecimiento de Ávila. Contaba con los mismos apoyos y estímulos del monarca. En el plan que se había previsto para reformar la enseñanza militar se complementaban las mismas dos iniciativas citadas antes. En el Colegio se iniciaba la vida militar y se formaba a los que iban a ocupar los destinos superiores del escalafón.

El objetivo de la Real Escuela resultó más ambicioso. Los oficiales tendrían que ser además los administradores y representantes de la autoridad del monarca en las provincias y territorios de la Corona. En el régimen de funcionamiento de la Escuela se añadía que los oficiales deberían impulsar el cambio y promover las novedades y adelantos de la ciencia y la actividad económica. Los militares graduados en la Escuela Militar ejercerían el mando de las unidades, serían representantes políticos

y estimuladores del progreso. Con ello, la de Ávila parecía aspirar a ser algo más que una Escuela de Estado Mayor.

El ingreso en la Real Escuela Militar estaba reducido a los elegidos de manera directa por O'Reilly, su director, y personalidades que ocupaban en ese momento el centro de influencia ante Carlos III. El procedimiento creó recelos entre los que quedaron marginados. Cadalso fue uno de los que fueron rechazados. Ante semejante proceso selectivo para ingresar los que pasaran por Ávila tenían garantizada la promoción. De esta manera la Escuela ponía el mérito y capacidad de los nuevos oficiales en el ejercicio del mando por delante de la antigüedad. Los *barbilampiños*, como fueron descritos de manera crítica tras el revés producido en la Expedición de Argel dirigida por O'Reilly y que contó con oficiales formados en Ávila, se imponían a los militares antiguos, *mozos viejos*. Estos militares se regían y defendían que los ascensos se tenían que conceder por la demostración del valor en el combate y contar con el favor y confianza de las camarillas palaciegas.

Además de ser seleccionados de manera personal, los alumnos, la mayoría oficiales, capitanes y tenientes entre los que había oficiales graduados y subtenientes, habían pasado por escuelas y academias. Tenían conocimiento y experiencia demostrada en el mando. Además, añadían otras experiencias de utilidad para la profesión y contaban con el apoyo de las redes familiares y de influencia. Redes e influencias que ejercían el poder real en la organización política del momento.

El sistema de enseñanza era peculiar. Algunos alumnos eran al tiempo profesores de sus compañeros de promoción. Uno de esos alumnos, de la primera promoción, fue Manuel Mariano de Aguirre y Landázuri. Ilustrado y muy peculiar militar, como otros muchos de la época. Su aportación al mundo de las ideas de la época se analiza con algún detalle en el libro promovido por la *Sección de Pensamiento Militar y Moral* de esta *Academia*. En esta publicación se dará cuenta de la evolución del pensamiento militar español. Manuel de Aguirre fue el *Militar Ingenuo* publicista de las materias más diversas y controvertidas de su tiempo. Además de académico, como otros compañeros de milicia, propuso un proyecto de constitución que debería regir la monarquía borbónica. Manuel de Aguirre no fue el único alumno de la Real Escuela Militar que ocupó puestos de importancia en la historia militar y política de su época. Bernardo de Gálvez fue uno de estos militares de excelencia y por eso mismo, militar ilustrado.

Los contenidos teóricos en la Escuela se planteaban como trabajo de grupo, en *sociedades*. Se trabajaba sobre textos que trataban de táctica, de manera preferente, y de asedios y fortificación. Parte del trabajo académico consistió en la traducción sistemática de trabajos que interesaba a la Escuela. Otras sociedades

analizaron tratados, reglamentos e historia militar. La lectura de los textos siempre se hacía en el idioma original. Además del conocimiento aportado por el documento se perfeccionaba el conocimiento de lenguas extranjeras. En el plan de estudios se consideró que el conocimiento de idiomas resultaba imprescindible para participar en el mundo global que comenzaba a pergeñarse. La lectura primera del trabajo seleccionado era de carácter reflexivo, analítico, crítico. Se recomendaba ese trabajo a uno de los componentes de la sociedad. Las conclusiones se sometían a la discusión del grupo que aportaba nuevas ideas. Al final se llegaba a un resultado que se redactaba y pasaba a formar parte de la amplia biblioteca de la Escuela. Las *Reflexiones Militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado recibieron una atención especial. El análisis de reglamentos de los ejércitos extranjeros, el prusiano recibió una atención especial, se planteaba bajo una perspectiva comparada destacando su posible aplicación al ejército español.

El método de trabajo, de enseñanza, resultó peculiar y excepcional de acuerdo con lo que se conocía. Desde fuera de la Escuela no se terminaba de entender la forma, sentido y razón de esta forma de enseñanza. Incluso la razón para fijar en Ávila su residencia se justificó porque de esta manera se evitaba que la enseñanza y los alumnos se vieran entorpecidos por cualquier tipo de distracción ajena al objetivo principal. Se alejó de la Corte para evitar su influencia que se rechazaba desde el mismo momento que comenzó a redactarse la propuesta. No se quiso aprovechar Segovia, tampoco el Real Colegio de Artillería sito en esa ciudad desde 1764. Ávila quedaba reservada a la formación de oficiales de Infantería y de Caballería.

Desde su inicio la Real Escuela Militar y Real Establecimiento de Ávila quedó rodeada de un elitismo privilegiado y al tiempo, misterioso. El teniente coronel inglés William Dalrymple, destinado en Gibraltar, visitó la Escuela. De la visita reconoció la originalidad del plan de formación. Se mostró prudente y algo escéptico ante la efectividad y resultados prácticos para el ejército. En el libro donde dio cuenta de la visita señaló el ambiente reservado, cauteloso por parte de todos los que formaban la Escuela. Notó la desconfianza que suponía la visita de un extranjero que además era militar.

Según el responsable de la biblioteca, la Escuela contaba con cerca de cinco mil volúmenes. Más de la mitad de esas obras eran de autores extranjeros y estaban publicadas en su idioma original. Aunque los fondos bibliográficos de la biblioteca eran importantes para la época, O'Reilly consideró que faltaban recursos pedagógicos imprescindibles para el objetivo que se propuso mediante el estudio. La Real Escuela debía formar la élite del ejército. Una élite que lo sería por haber alcanzado el mérito mediante el trabajo académico.

Ante esa ausencia en los estantes de la biblioteca O'Reilly realizó tres encargos. Uno lo redactó Manuel de Aguirre. Se trataba de apuntes de Geografía teórica que se publicaron años después. *Indagaciones y reflexiones sobre la Geografía con algunas anotaciones previas indispensables (1782)*. Entonces ya se reconoció el valor indiscutible de la publicación. Este reconocimiento se ha mantenido con el paso del tiempo. Horacio Capel y Alonso Baquer han destacado la importancia que supuso el tratado. Con este trabajo iniciado en la Escuela se avanzó en el conocimiento y aplicación de la geografía tanto para el uso militar, como para el avance del conocimiento y la ciencia teórica. Otro trabajo tuvo que ver con las Matemáticas. En esta ocasión el encargo se realizó y se publicó unos años antes (1772) Se redactó de manera conjunta por el presidente de la Sección de Matemáticas de la Real Academia de San Fernando, Benito Bails, y el teniente coronel Gerónimo Capmany, *Tratados de Matemática, para las escuelas establecidas en los regimientos de infantería...* El tercer trabajo tenía que ver con un manual imprescindible para aprender y mejorar el idioma francés. Lo redactó el profesor responsable de esta enseñanza en la Escuela, Nicolás Chantreau.

La Real Escuela Militar se había procurado un espacio suficiente para realizar prácticas de infantería y de fortificación. Tenía asignado un regimiento para llevar a cabo los ejercicios necesarios para completar la formación teórica de los alumnos. Cabe pensar que esas actividades se habrían realizado, pero no existe constancia de que fuera una práctica regular y de utilidad reconocida. Los documentos y referencias sobre la vida de la Escuela no dicen nada al respecto.

No pudo ser

Los críticos utilizaron la falta de práctica para aumentar la crítica contra su promotor y director O'Reilly. También contra los alumnos, *bisoños barbilampiños*, que fracasaron de manera estrepitosa en la acción militar en Argel donde fueron protagonistas. No se libró de la crítica el plan de estudios organizado alrededor de las *sociedades*. Tampoco los libros y manuales que se habían utilizado, pues fueron considerados próximos a los movimientos radicales y a las ideas prerrevolucionarias. Incluso la Inquisición llegó a intervenir en primera instancia, aunque no fue más allá. Los críticos contra la Escuela encontraron sus razones cuando algunos alumnos y profesores se mostraron afectos a las ideas revolucionarias, el primero, el profesor de francés.

La Ilustración no tuvo fuerza suficiente para oponerse a los movimientos que trataban de evitar el contagio de los acontecimientos que se vivían en Francia. Se impuso de nuevo la sociedad estamental, la que seguía existiendo en el ejército. O'Reilly había apostado por el cambio, pero el cambio no llegó. La Escuela era un proyecto personal de O'Reilly y así la vida de la Escuela Militar quedaba ligada a

los avatares del promotor. El desplazamiento de O'Reilly del centro de poder e influencia terminó por desvanecer la iniciativa.

Los alumnos de la Real Escuela Militar y Real Establecimiento de Ávila se reincorporaron a sus regimientos. Algunos ocuparon durante un tiempo puestos en academias militares. Otros alcanzaron la gloria militar, también la de la alta administración. No pocos de los antiguos alumnos siguieron aportando ideas y colaborando de manera activa en Reales Academias tanto nacionales, como extranjeras. De otros se olvida su condición militar, aunque murieran en combate, y se les recuerda como literatos, o avanzados en el ejercicio de profesiones alejadas de la milicia.

La Real Escuela resultó una excepción en la vorágine legisladora que pretendía cambiar todo sin contar con los recursos y los apoyos suficientes. La voluntad de uno solo no fue suficiente para alcanzar el éxito al no continuar otros con el esfuerzo. No se debe el fracaso de la Escuela al proyecto. No era el momento propicio y la Escuela y sus alumnos se encontraron de frente con el vendaval revolucionario que truncó todos los proyectos de aquella España posible.

Como hemos dicho, la idea de formar un Colegio General Central para formación de oficiales tuvo que esperar algo más de cien años. El objetivo de la Real Escuela Militar de Ávila, algunos más. Cuando la razón mueve las ideas, las buenas ideas y las mejores propuestas, siempre terminan por materializarse, aunque no las vean quienes las proponen. Los beneficiarios netos del progreso siempre son otros, los que siguen a los innovadores.